pº 20

LUISA.

Como haciendo esfuerzos para no llorar.

Corriente..... No lloraré si también por eso te enojas.

ENRIQUE.

Pero diga usted, señorita. (Asiéndola de una mano y trayéndola cerca de sí.) ¿Ha venido usted sola?

LUISA.

No: he venido con Antoñita y una criada suya de mucha confianza que la llevó ayer al colegio, y que aún no se había vuelto á Madrid.

ENRIQUE.

¿Quién es esa Antoñita?

LUISA.

Pues ¿no te acuerdas? Aquella niña con quien hacía yo tan buenas migas en el colegio.

ENRIQUE.

¿Se ha escapado también?

LUISA.

También.

ENRIQUE.

Manifestando inquietud.

Y ¿dónde está esa otra?

LUISA.

Hemos tomado un coche en la estación del camino de hierro. Yo me he quedado aquí, y ella, con la criada, se ha ido á casa de su abuelita.

ENRIQUE.

Dentro de una hora vuelve á salir el tren. (Mirando el reloj.) Dentro de una hora nos vamos.

LUISA.

Separándose de su padre muy asustada.

¿Que nos vamos?

ENRIQUE.

Sí, señora; al colegio.

LUISA.

Con energía.

¡Al colegio? ¡Eso sí que no!

ENRIQUE.

¡Cómo que no?

LUISA.

Como que yo no quiero volver al colegio. (Agarrándose al respaldo de una butaca y llorando.) Yo quiero quedarme aquí contigo.

ENRIQUE.

Bien....., calla....., si eres buena.....

LUISA.

Sí, muy buena..... Verás qué buena soy. (Serenándose de pronto y acercándose zalameramente á su padre.) Y no creas, para escaparnos hemos tenido sobrada razón. ¡Si supieras!.....

ENRIQUE.

¿Qué?

LUISA.

La abuela de Antoñita, que la quiere mil veces más que tú á mí, la traía de cuando en cuando á Madrid, á pasar con ella unos días. Nunca pude yo conseguir que hicieses tú conmigo otro tanto. Pues bien; Antoñita volvió ayer al colegio de una de tales excursiones, y me dijo que llevaba un libro muy bueno para que lo leyésemos á escondidas. Había oído hablar mucho de él, y encontrándolo en casa de un tío suyo, lo tomó bonitamente, y se lo guardó debajo del abrigo sin que nadie lo viera. ¡Figúrate qué contenta me pondría yo!

ENRIQUE.

Sí; ya me figuro.....

LUISA.

Nos metimos en nuestro cuarto en cuanto se acabaron las clases, y empezamos á leer. ¡Qué libro tan bonito! Eso sí, parece que está escrito en latín, porque apenas se entiende; pero ¡qué bonito debe de ser! Y por lo que ya sabía Antoñita, y por algunas expresiones sueltas que estaban muy claras, pudimos ir sacando en limpio que el autor se proponía ¡redimirnos de la esclavitud!

ENRIQUE.

Con afectada gravedad.

¿Redimirnos de la esclavitud? ¿A quién? ¿A las muchachas del colegio?

LUISA.

Como antes.

No, señor; ¡á todas las mujeres del globo terráqueo!

ENRIQUE.

Con impaciencia.

Pero ¿qué libro es ése?

LUISA.

Con énfasis.

¡La mujer á la luz de la filosofía!

ENRIQUE.

¡Ave María purísima! ¡El libro de ese condenado!

LUISA.

Estábamos en lo mejor, cuando de pronto se adelanta por en medio de nuestras cabezas una mano..... ¡Ay, nos pareció la mano de la muerte! Era sor Ignacia, aquella viejecita que tanto nos quería á todas..... A todas no, porque Antoñita no era santa de

su devoción, y algunas veces la amenazó con echarla del colegio, tomó el libro, leyó el título nada más, y ¡válgame Dios, qué rabieta le entró á la buena señora!

ENRIQUE.

¡Ya lo creo!

LUISA.

Nunca nos había puesto encima la mano; pero ayer, á la otra le dió cinco ó seis pescozones muy de prisita, y á mí me tiró un pellizco tan retorcido, tan retorcido, que creía que me sacaba el pedazo. Todavía tengo la señal. Si quieres verla.....

Haciendo ademán de ir á levantarse la manga del brazo izquierdo.

ENRIQUE.

No; no hay necesidad.....

Contemplándola.

LUISA.

¡Es que fué todo un señor pellizco! Y no se contentó con eso. Nos tuvo dos horas de rodillas en cruz..... ¿Te han tenido á ti alguna vez dos horas de rodillas en cruz?

ENRIQUE.

Sí.

Como contestándole para salir del paso.

LUISA.

¡Es cosa divertida! Y nos condenó á estar tres días á pan y agua, encerradas en un cuarto obscuro lleno de ratones. ¡Yo, que en viendo uno solo me muero! ¿Hay ratones en esta casa, papá?

ENRIQUE.

¿Qué sé yo?

LUISA.

Pero ¿tendrás gato, eh?